

# MÁS SOBRE EL CORAZÓN DE JESÚS EN EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ

**Y**a dijimos que era mucho lo que se podría escribir sobre el corazón de Jesús en los escritos y en la vida del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, no sólo por lo que dice y vivió sobre esta gran devoción en la Iglesia Católica, tan respaldada por el Magisterio Pontificio, sino también por lo que dice y vivió sobre el amor de Dios a los hombres y la correspondencia de éstos a ese infinito amor divino.

La primera mención del Corazón de Je-

sús en los escritos del Beato Josemaría aparece en el nº 422 de «Camino», que fue lo primero que él publicó. Allí nos habla del corazón de carne de Jesucristo y de su amor: «Jesús es tu amigo. — El Amigo —. Con corazón de carne, como el tuyo. — Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... — Y tanto como a Lázaro te quiere a ti»

El Beato Josemaría no pierde el tiempo en consideraciones más o menos profundas. Él va camino del alma, de todas las almas, y procura enamorarlas con respecto a Jesucristo. Para él Cristo es el Modelo más acabado del ideal humano, pues Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Ya lo vimos en el artículo anterior cuando insertábamos el nº 813 de «Surco», otra obra preciosa del Beato Josemaría, y viene a ser como el resumen de todas sus virtudes: «¡Gracias, Jesús mío!, porque has querido hacerte Hombre, con un Corazón amante y amabilísimo, que ama hasta la muerte y sufre; que se llena de gozo y de dolor; que se entusiasma con los caminos de los hombres; y nos muestra el que lleva al Cielo; que se sujeta heroicamente al deber, y se conduce por la misericordia; que vela por los pobres y por los ricos; que cuida de los pecadores y de los justos... — ¡Gracias, Jesús mío, y danos un corazón a la medida del Tuyo!».

¡Cuánta doctrina y sugerencias en ese texto! Pero no nos paramos a expresarlas, pues queremos presentar más textos suyos.

En esa misma obra «Surco», nº 830, unen



Cuadro del beato Josemaría en la iglesia a él dedicada en Roma.

los Corazones de Jesús, de la Virgen y el nuestro: «Acostúmbrate a poner tu pobre corazón en el Dulce e Inmaculado Corazón de María, para que te lo purifique de tanta escoria, y te lleve al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús».

Una nota característica de Monseñor Escrivá es que presenta la vida misma del cristiano, como algo en lo que —al paso de Cristo— lo divino y lo humano se entrelazan sin confusión, pero sin solución de continuidad. Por eso, las virtudes humanas del cristiano se colocan muy por encima de las virtudes meramente naturales: son virtudes de los hijos de Dios. Y Dios es Amor.

En el n.º 298 de «Forja», otra obra suya de gran calidad, tiene un texto bellísimo, que vale por todo un tratado sobre el Corazón de Jesucristo.

«Mi Señor Jesús tiene un Corazón más sensible que todos los corazones de todos los hombres buenos juntos. Si un hombre bueno (medianamente bueno) sabe que una determinada persona le quiere, sin esperar satisfacción o premio alguno (ama por amar); y conoced también que esta persona sólo desea que él no se oponga al ser amado, aunque sea de lejos..., no tardará en corresponder a un amor tan desinteresado. — Si el amado es tan poderoso que lo puede todo, estoy seguro de que además de terminar por rendirse ante el amor fiel de la criatura (a pesar de las miserias de esa pobre alma), dará al amante la hermosura, la ciencia y el poder sobrehumanos que sean precisos, para que los ojos de Jesús no se manchen, al fijarse en el pobre corazón que le adora. — Niño, ama: ama y espera».

El Beato Josemaría es contagioso en su afán de traer al Corazón Deífico de Jesucristo almas que lo amen, a pesar de toda su indignidad. Ya llegará la hora que esa indignidad se convierta en un horno de amor divino que le impulse a llevar otras almas al Amor de Jesucristo.

No menos bellos e incisivos en orden a una vida llena de amor e impulsada a un apostolado eficaz son los siguientes textos de «Forja»:

«Comprensión, caridad real. Cuando de veras la hayas conseguido, tendrás el corazón grande con todos, sin discriminaciones, y vivirás — también con los que te han maltratado — el consejo de Jesús: venid a mí todos los que andáis agobiados... que Yo os aliviaré» (n.º 867).

«Sí, tienes razón: ¡qué hondura la de tu miseria! Por ti, ¿dónde estarías ahora, hasta dónde habrías llegado? Solamente un Amor lleno de misericordia puede seguir



Virgen en el Santuario de Torreciudad.

amándome, reconocías. — Consuélate: Él no te negará ni su Amor ni su Misericordia, si le buscas» (nº 897).

«Tu has de procurar que haya, en medio del mundo, muchas almas que amen a Dios de todo corazón. — Es hora de hacer recuento: ¿a cuántas has ayudado a descubrir ese amor?» (Nº 898).

«Jesús, que mi pobre corazón se llene del océano de tu Amor, con oleadas tales que limpien y expulsen de mí toda mi miseria... Vierte las aguas purísimas y ardientes de tu Corazón en el mío, hasta que, satisfecha mi ansia de amarte, no pudiendo reprimir más afectos de divino incendio, se rompa — ¡morir de Amor! —, y salte ese Amor tuyo, en caratatas vivificadoras e irresistibles y fecundísimas, a otros corazones que vibren, al contacto de tales aguas, con vibraciones de Fe y de Caridad» (nº 933).

«¡No te aburgueses, porque — si estás aburguesado — estorbas, te conviertes en un peso muerto para el apostolado, y sobre todo en un motivo de dolor para el Corazón de Cristo! No dejes de hacer apostolado, no abandones tu esfuerzo por trabajar del mejor modo posible, no descuides tu vida de piedad. — El resto, lo hará Dios» (nº 936).

Para el Beato Josemaría Escrivá es claro que Dios no da una voluntad de puro espíritu. No; nos da un corazón, y un corazón como el de Cristo. No contamos con un corazón para amar a Dios, y con otro para amar a las personas de la tierra. Con el mismo corazón con que queremos a las personas amadas amamos a Cristo, al Padre, al Espíritu Santo y a la Virgen María. Monseñor Escrivá es el Doctor de las realidades humanas, por eso aconsejaba, enseñaba, a ser muy humanos, para poder ser muy divinos.

El amor humano, el amor de aquí abajo en la tierra cuando es verdadero, nos ayuda a saborear el amor divino. Así entrevemos el amor con que gozaremos de Dios y el

que mediará entre nosotros allá en el cielo, cuando el Señor sea todo en todas las cosas (I Cor 15,28).

Ese comenzar a entender lo que es el amor divino nos empujará a manifestarnos habitualmente más compasivos, más generosos, más entregados.

Hemos de dar lo que recibimos, enseñar lo que aprendemos; hacer partícipes a los demás — sin engreimiento, con sencillez — de ese conocimiento del Amor de Cristo.

Por esto él quería que al realizar cada uno nuestro trabajo, al ejercer nuestra profesión en la sociedad, podamos y debamos convertir nuestra ocupación en una tarea de servicio, en un auténtico acto de apostolado.

El trabajo bien acabado, que progresa y hace progresar, que tiene en cuenta los adelantos de la cultura y de la técnica, realiza una gran función, útil siempre a la humanidad entera, si nos mueve la generosidad, no el egoísmo; el bien de todos, no el provecho propio: si está lleno de sentido cristiano de la vida.

De este modo aplicaba él a realidades concretas de la vida ordinaria todo lo referente al Corazón de Jesucristo. Él pretendía que con ocasión de esa labor, en la misma trama de las relaciones humanas se mostrase la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de paz. Como Cristo pasó haciendo el bien (Hech. 10,38) por todos los caminos de Palestina, también nosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones de las tareas profesionales ordinarias, de la cultura y del mismo descanso desarrollamos una gran siembra de paz. Será la mejor prueba de que amamos. Pero nadie vive ese amor, si no se forma en la escuela del Corazón de Jesucristo (cf. «Es Cristo que pasa», nº 166).

**Manuel GARRIDO BONAÑO, O.S.B.**

*Abadía del Valle de los Caídos*